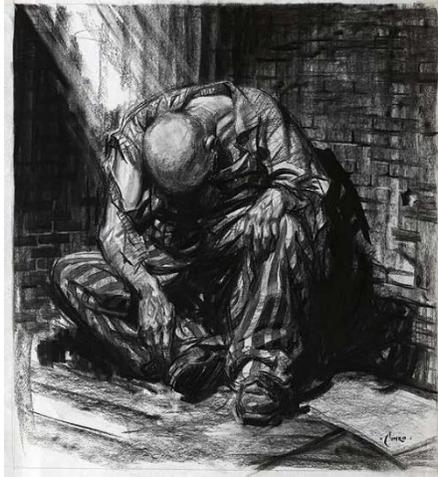

Lutero y su cuenta vieja



Oswaldo J. Smith

A cualquier lugar donde yo vaya me encuentro con hombres y mujeres que se han reformado. En un tiempo vivieron vidas llenas de pecado, pero ahora ha renunciado a sus caminos de maldad. Los borrachos se han vuelto sobrios, los ladrones, honrados; y lo inmorales, puros. Esto es muy bueno – hasta donde llega. Pero una reformación no es una regeneración. Se le puede vestir a un civil con uniforme de oficial, pero aquél sigue siendo civil. Entra a la sala a un marrano no transforma su naturaleza. Aún es marrano y muy pronto lo demostrará. La vieja naturaleza no se puede enmendar, pues no hay chispa de vida divina en ningún hombre.

Supongamos que tú abres una cuenta en la abarrotería, cargas la cuenta durante un tiempo, pero después comienzas a pagar al contado. El hecho que ahora pagas al contado ¿resuelve tu deuda anterior? Por supuesto que no. Todavía está cargado en los libros, y tú tendrás que hacer algo al respecto. Repito que una reformación no es lo mismo que la regeneración.

Los hombres hablan de borrón y cuenta nueva. Eso está muy bien: comenzar una nueva cuenta. Pero ¿qué de la cuenta anterior? Se tiene que resolver cada una de esos cargos. “Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala (Eclesiastés 12:14).

“Y ¿qué de la cuenta tuya?” me pregunta alguien. “¿No tienes manchones de pecado en tu vida, o no tienes temor que Dios vuelva las páginas?” Claro, mi amigo, pues “todos han pecado.” Sin embargo, no tengo temor. “¿Por qué?” me preguntas. Déjame relatarte algo acerca de Martín Lutero.

Según la historia, el diablo una vez se acercó a Lutero con un gran pergamino en sus manos, escrito a ambos lados.

“¿Qué es esto?, preguntó Lutero.

“Este es la cuenta de tus pecados,” replicó Satán.

Lutero examinó minuciosamente el documento, y encontró que la respuesta de Satanás era cierta, demasiado cierta. De hecho, eran pecados que, tiempo ya, él había olvidado, pero estaban grabados, y él tenía que admitir que era culpable.

“Bueno,” respondió Lutero al final. “Y será esto todo?”

“Ah, no,” respondió su majestad el diablo, “de ninguna manera. Hay aún otra.”

“Anda, dijo Lutero. “Tráemela.”

En pocos minutos el diablo regresó con un segundo documento similar al primero. Nuevamente el gran reformador tuvo que declararse culpable.

“¿Es esto todo?” preguntó nuevamente Lutero.

“No, hay aún más,” dijo Satanás.

“Anda, entonces; tráelo, también.”

Pronto el diablo venía de regreso con un tercero rollo, el cual escudriñó Lutero.

“Sí,” admitió, “todos éstos son mis pecados. Yo los cometí, todos. ¿Hay aún más?”

“No,” respondió Satanás. “Éstos son todos.”

Silenciosamente Lutero, tomando su pluma, la mojó en el frasco de tinta roja. Luego, tomando los rollos uno por uno, escribió con triunfo sobre cada uno de ellos las siguientes palabras: “La sangre de Jesucristo, su hijo, nos limpia de todo pecado” (1 de Juan 1:7).

Con una cara de desilusión y furia, el diablo, rabiando, dio la vuelta y desapareció.

De manera, mi amigo, con vergüenza confieso que yo también, he pecado. Y yo, como Lutero, soy culpable. Pero, gracias a Dios, hace años Jesucristo me perdonó, y me lavó mis pecados. Ahora, yo también, puedo escribir en las páginas de mi pobre e indigna vida las palabras maravillosas: “La sangre de Jesucristo, su hijo, nos limpia de todo pecado.” Mis pecados han sido borrados, gracias a Dios; y nunca jamás serán recordados en mi contra.

- de Juan Tres Dieciséis